

REFLEXIONES "INTEMPESTIVAS" EN TORNO A LA TOTALIDAD Y A DIVERSAS PARTICULARIDADES

Seminario FSOC-ARROW

1. El fin justifica los medios solamente cuando sin esos medios, es el fin

La afirmación tiene un significado sencillo. No significa nada más que cuando está en juego, en peligro, "el todo", cualquier acción, por muy dura pueda ser, que sea necesario acometer, son insignificantes las consecuencias: la acción está justificada si el resultado es el mantenimiento de "el todo".

¿Qué es "el todo"? "El todo", en este caso, es lo necesario para mantener una esperanza de futuro para el planeta tierra; lo que supone una serie de garantías que, desde nuestra perspectiva particular, se dan por buenas. ¿Cuáles son esas garantías que a nuestro juicio no pueden faltar?.

- Que no desaparezca la especie humana.
- Que no desaparezcan los valores nobles (se precisarán en el apartado 7).
- Que no desaparezca la naturaleza y su diversidad.
- Que no desaparezca el humanismo, entendido como un pensamiento no robotizado ni zombie o, lo que es lo mismo, que no se dé de forma intencionada la "poda sináptica" de los sujetos, que no se dé su humillación, que no se den muy conocidas condiciones infrahumanas de existencia, que no se cosifique a las personas...
- Que no desaparezca el amor (se precisará en el apartado 2).
- Que no desaparezca la oportunidad de aprender y desaprender cualquier cosa.
- Que no desaparezcan las grandes obras del pensamiento, o sea, todos los documentos científicos y no científicos de todas las ramas del saber que han supuesto, en su momento, una novedad para nuestra concepción de lo que sea en relación a lo que existía o existe, tanto en matemáticas, física, química, política, filosofía, historia, psicología, sociología, antropología, biología, medicina, astronomía, artes, etcétera. (Hay que considerar con sutileza este punto, y evitar extremismos —no se trata, por ejemplo, de llegar al asesinato para la preservación de un libro...—).
- Que no se dé el completo control de las personas, abarcando todos los aspectos de su vida, tal cual parece suceder actualmente, al fomentar, a través de ese control, la constitución de "no personas": seres de aspecto humano, pero sin alma, de tendencia y actitud deshumanizante, que tienen a ocupar los estratos económicos más elevados y a detentar un poder inmenso, a lo largo y ancho de todo el planeta.

¿El fin justifica los medios cuando ese fin es preservar el "todo"? Precaria justificación ante la precariedad de la totalidad que se pretende conservar: la especie humana, los valores nobles, el amor, el humanismo, la capacidad de

aprendizaje/desaprendizaje, los grandes logros del pensamiento, la autonomía frente al poder —de un lado—, la naturaleza y su diversidad —del otro. ¿No es notorio el desequilibrio en la balanza del todo (cual se reconoce inmediatamente)? No es el todo, es la idealización absolutista del raciocinio moderno, teñida con un breve matiz "ecológico". Es un todo abstracto, inasible, deslabazado, un todo bastante poco totalizante, un mini-todo dentro del conjunto infinito de los todos posibles. Es, más bien, un pequeño reducto de las esperanzas ilustradas. ¿Y qué hay de lo pequeño, de lo cotidiano, de las experiencias concretas, de la inocencia de la infancia, el sudor del albañil, las penurias del hambriento, la singularidad de un minúsculo ápice de un minúsculo copo de nieve? ¿Qué hay de los deseos, de la creación disipativa, no acumulable, de la imaginación? ¿Qué hay de tantas otras cosas que, sin ser Historia, hacen historia? No hablemos, pues, de un todo, sino de una reducida expresión del todo, que no justifica, pues, anteponer el fin a los medios.

Somos plenamente conscientes de que "el todo", en términos absolutos, excede lo exclusivamente humano: no somos, seguramente, el epicentro del universo. Hemos de evitar el antropocentrismo. Ese "todo" puede seguir existiendo sin nuestra especie, pero, si reducimos ese "todo" absoluto a un "todo" de dimensiones más reducidas, a un "todo" más manejable, nuestro, nos situamos en el espacio de nuestra capacidad de evolución, aprovechando todas nuestras geniales virtudes y el talento que contienen. En definitiva, un todo relativo, trascendental para la especie humana, una serie de pilares vitales que, a nuestro juicio, ha de estar siempre presente para conservar esa esencia que nos distingue de las otras especies.

Que el todo excede lo humano se traduce en "la naturaleza y su diversidad"; un excedente vago, impreciso, por el que se transita apenas de puntillas, sin meditar sobre su constitución. Obvio, pues, que el todo quede relativizado (efectivamente, se torna más "manejable") y sea, precisamente, remitido exclusivamente a lo humano, entendido como un proyecto de progreso (el gran proyecto ilustrado: la perfectibilidad infinita del ser humano, gracias a las potencias de la Razón, como su constitución decisiva). ¿Es esa la "esencia" a preservar; nos despojamos de nuestra falibilidad, nuestras dudas e incertidumbres, nuestras mentiras, nuestra eludida animalidad —"especie" humana denota nuestra animalidad, de la cual no podemos huir más que mediante malabarismos conceptuales, que no impiden que tengamos que dormir, defecar, procrear y demás—? La primera reducción, implícita, del todo posible sigue ahora una segunda, explícita: breve relato de un todo menguante...

Sintiendo aprecio por la humanidad, nos vemos en la obligación de defenderla, de prevenirla, subrayando la necesidad de unos niveles mínimos de seguridad que impidan su desaparición, su autodestrucción, o bien llegue a un tal grado de pobreza espiritual que se convierta en algo menos humano, en otra especie distinta o/y más pobre intelectual y físicamente.

Reafirmación de la mengua: de lo que se trata es de preservar la espiritualidad de la especie, no la especie misma en su integridad (acerca de los peligros autodestructivos, ciertamente, ahí están; respecto al aprecio, quizá sea más atinado aplicar criterios de carácter selectivo: no todos los integrantes de la especie humana son merecedores de aprecio, por lo tanto, tampoco la humanidad en su

conjunto).

El significado de la famosa afirmación de Maquiavelo, "el fin justifica los medios", es bastante manifiesto. Se ha llevado a la práctica en siglos anteriores y se utiliza mucho y de modo malévolo también nuestro siglo XXI. Lo único que importa es alcanzar el objetivo-meta, independientemente de lo que haya que hacer para lograrlo. Y, claro está, para Maquiavelo se trataba de obtener trono y, con él, el poder absoluto. Para cada cual, sin embargo, será algo distinto, aunque, para desgracia del porvenir humano, los fines más preciados, han sido y suelen ser de carácter económico, así como el deseo de lograr imponer un completo control sobre la totalidad de las actividades de las demás personas, arrebatando, si es necesario, ese poder a otros ("quítate tú, que me pongo yo).

El Leviatán de Thomas Hobbes, o los regímenes políticos que han llevado a cabo los grandes genocidios de la Historia, tenían la misma pretensión: lo importante era la "seguridad" ofrecida por el Estado a cambio de la completa sumisión al/ a los líder/es, sin detenerse a pensar en los cadáveres que había que sembrar, si fuese necesario, para lograr el fin perseguido. Este sistema sigue perfectamente vigente, está incluso legalizado, y ha logrado perfeccionarse dotándose de múltiples mecanismos que permiten actuaciones relativamente discretas.

Luego, según se presumía en un inicio, de hecho y en la práctica, en un universo abarcable de nuestra existencia, y no en el espacio abstracto de una idealización conceptual en torno a un todo-fin indefinido e indefinible, el fin no justifica los medios. Más allá del fin absoluto e inabarcable que remite a ese todo que no es tal, sino una mengua de lo que podría ser, los fines concretos y reales son definidos por alguien, obedecen a sus intereses y, en general, implican, para su consecución, el perjuicio de terceros; anteponerlos a los medios sólo beneficia a quienes los definen. Y trasladados al terreno político, fines que se han perseguido a costa de cualquier medio, tal cual se indica, sólo han provocado grandes males a esa humanidad que se trata de preservar y proteger. Poco provechoso, y sumamente doloroso, empeño.

2. Sobre el amor

El amor es la entrega, la dedicación empática, radicalmente voluntaria, a cualquier cosa o cosas que nos emocionen, ya sean de carácter material o no, y sin las cuales nuestra vida es más triste y simple. Como valor noble que es (véase el apartado 7), el amor sobrepasa, atraviesa, supera a la acción de sobrevivir. Es columna vertebral de la vida. Es nuestra naturaleza. No merece la pena la vida sin amor a nada ni a nadie. Sin amor, la vida sería un error. No hay vida sin amor. Es el pegamento necesario para la cohesión social, el condimento imprescindible para la no desaparición de la humanidad, y la fuerza victoriosa frente a quienes pretenden nuestra deshumanización (sobre todo las grandes corporaciones económicas que manejan los hilos principales en torno a los que giran las organizaciones sociales), siempre y cuando se sienta, al menos, un amor crítico, esto es, que no sea puramente material ni egoísta, que vaya más allá de la visión del núcleo familiar, y que tenga un calado profundo, es decir, que suponga una repercusión social más beneficiosa

que la del simple entretenimiento.

¿El amor como empatía, como voluntariedad, como posición crítica frente al materialismo? Eso no es amor, es racionalidad con pretensiones de afectividad: el amor no piensa, siente, no evalúa, no obedece a criterio de ningún tipo; el amor es "impensable": es una experiencia subjetiva que escapa a cualquier delimitación: no caben, en el amor, las distinciones entre lo egoísta y lo altruista, lo crítico y lo acrítico, el beneficio y el perjuicio,... pero veamos más...

Que te arrebaten amores sin tu aprobación: siendo éstos irrecuperables e insustituibles, su pérdida supone, de manera automática y para siempre, perder vida, perderla en términos exponenciales. El cuánto de vida perdida depende de la importancia que cada cual otorgue a ese/os amor/es. Si tal arrebatación lo es de varios amores, de modo sucesivo, un cuerpo de carne y hueso, por muy fuerte que sea, no podría curarse indefinidamente si son demasiadas las estocadas recibidas. Dichas ausencias suponen siempre un grado de muerte acumulado. Hay pérdidas de amores frente a las cuales nada puede remediarla la buena psicología, tal cual es el caso del genio relatado más adelante (epígrafe 4), pues éste no dispone de la capacidad de autoengaño. Si no fuese ese el caso, serán las fortalezas de cada cual las que decanten hacia qué lado de la balanza de la felicidad se decantará el destino del arrebatado.

¿Y no será que se está aludiendo a un trance reciente, particular y concreto? Pues parece que no va el discurso del amor, su condición y su expresión, sino de su pérdida, entendida como definitiva. Ahora bien, no parece tratarse de cualquier amor, sino de uno inmediato y propio, enunciado como definitivo e insustituible: la pérdida de una plenitud idealizada (idealizada a posteriori, pues seguramente tal idealización no se recreaba previamente). El amor llega y se va, si es que uno/a cree en su existencia, pues la misma es discutible (en el terreno de los afectos toda certeza ha de ser descartada de antemano). En definitiva: sobre el amor (y el desamor, cual es el caso), léase poesía, en abundancia: en ella está contenido todo el "aprendizaje" posible (y, también, vívase la vida y acumúlese la experiencia de los años pasados, pues el amor va también "envejeciendo" según lo hace quien lo siente o trata, siempre sin éxito, de pensarlo; cuidémonos de la ignorancia de la inexperiencia; respetemos a nuestros ancianos).

No se considera aquí amor a aquello que es susceptible de una rápida y/o numerosa sustitución, ni a lo que puede ser objeto de un reemplazo un tanto forzado, ni a lo que con seguridad puede ser intercambiado por algo novedoso...

El amor da pleno sentido a la frase que dice: "te va la vida en ello".

Eso que amas es lo máspreciado de ti.

Habría, tal vez, que trasladar el amor al terreno de la experiencia, abandonando castillos de grandiosas ideas: desde esa otra atalaya, tal vez, se puede afirmar de modo más atinado que, salvo quizá notables excepciones de las que sólo cabe tener admiración sin pretender servirse de ellas como modelo, que toda pérdida se puede restañar y todo arrebato (arrebatación) puede ser superado: "el tiempo todo lo

cura" (en un mundo propiamente humano, no revestido de ese inalcanzable romanticismo del s.XIX)

3. Sobre el eterno problema de la relatividad sociológica

A poco que se tome en consideración el concepto de "realidad", más en concreto, de nuestra "realidad social", es bien sabido que no hay ciencia, ni puede haberla, en condiciones de valorar o medir con exactitud numérica ni dialéctica, el contenido de lo real, contenido que, ni nuestra capacidad intelectual para acceder a él: no se puede determinar el valor total intelectual (considerando intelectual toda forma de conocimiento) del que disponemos, ni comparar, entre una persona y otra, su mayor o menor aproximación comprensiva, tanto respecto del conjunto de su especie como del entorno en el que esté. Los *ítems*, es decir, los ingredientes, componentes, elementos, variables posibles que pueden, juntos, definir a la perfección "una realidad", un entorno (acotado si se quiere) espacio-temporal son infinitos, pues siempre van a surgir nuevos ingredientes adicionales, nueva información, más conocimiento, diversas consideraciones, digamos, filosófico-éticas, etcétera. "La realidad" es inagotable e inabarcable, en efecto, por tanto, también su examen. No se puede agrupar toda "esa realidad" en *ítems* y extraer conclusiones incontestables. En este caso, el muestreo está desprovisto de valor, ya que estamos hablando de un universo de referencia que abarcaría el conjunto total de experiencia, ideas, talento, capacidades, genialidad y virtudes de las que disponemos para comprendernos y comprender nuestro hábitat.

No resulta muy claro, y de hecho la confusión explicativa alude, creemos, a una confusión de fondo, si la relatividad es ontológica o metodológica, o ambas cosas sin distinción: ¿qué es lo inabarcable, el "objeto" realidad o los instrumentos posibles de aproximación a dicho objeto? Porque si confundimos la cosa con el instrumento de observación, seremos pasto de la más feroz, con razón, de las acusaciones por parte de los defensores del objetivismo: "¡no confundamos términos!"

Éste es el eterno problema que tantos han intentado resolver mediante epistemologías científicas de mayor o menor elasticidad, o no científicas (por pura vivencialidad), y ninguno lo ha logrado puesto que no tiene solución, ni si quiera forzando el empeño mediante corsés compresivos (un océano no cabe en un dedal, ni el planeta en un *mapa mundi*). Es inútil cualquier método para ello, tanto el atomismo de Demócrito, la fluyente dialéctica de Heráclito, el estático ontologismo de Parménides, la metaforización mitológica de los presocráticos, la mayéutica socrática, el mundo de las ideas de Platón, las coordenadas de Descartes, la crítica moral Kantiana, la numerología de Galileo, el racionalismo, el positivismo, el empirismo, la ciencia más "puritana" de los científicos modernos, el cristianismo (o cualquier otra religión), el inconsciente de Freud y muchos otros intentos: ninguno concluye nada definitivo.

No es posible abarcar todo el universo mental de alguien y contrastar su intelecto con otro universo de otra/s mente/s. El eterno problema de "la relatividad sociológica"...

Persiste ese deslizamiento entre lo "en sí" y lo "para sí"; entre el universo como continente de lo real y el "universo mental de alguien"...

¿Quién y cómo posee la razón plena?, ¿quién conoce "la realidad" (verdad) abarcando todas las posibles perspectivas o paradigmas sobre un solo tema?, ¿qué tipo de argumentación crítica potente y eficaz es por completo, y de forma indefinida, o por un largo tiempo, incontestable?. El eterno problema irresoluble, ante el que nos sentimos impotentes, pequeños, indefensos, vulnerables, pero que con tanto ahínco estamos empeñados en resolver: inventamos juicios de valor y mecanismos diversos porque creemos poder alcanzar la solución, y queremos tener respuestas contundentes, como golpes de martillo, para "todo", para "el todo de algo", para "lo absoluto". No nos permitimos tener la capacidad de saber que somos una especie, maravillosa, mágica, muy capaz de muchas cosas, pero limitada.

Sí, la premisa enunciada al final es cierta: hay que asumir una limitación consitutiva (con lo cual se aclara la ambigüedad inicial: el relativismo tratado es de los instrumentos, ante todo, no de la "realidad en sí"). Ahora bien, la limitación implicada en la premisa no puede ser extensible del modo en que se hace: hay una respuesta muy sencilla, como punto de partida para embarcarse en la tarea de intentar comprender lo que nos sucede sin pretender, sin embargo, solucionar todos los problemas: "sabiendo de mi limitación", abandono el maximalismo: buscaré respuestas concretas a problemas concretos que produzcan efectos concretos (la verdad... para otros/as...)

En cualquier caso, se ha de decir algo al respecto a cerca del problema de "la relatividad sociológica". Que no haya lugar a engaño, la imposibilidad de alcanzar un pleno balance analítico de "algo, o/y de alguien", no quita que unas argumentaciones tengan más peso que otras, al menos hasta que nazca una nueva argumentación que ponga en evidencia a la anterior, hasta ese momento la más fuerte. ¿Cuál sería la base para determinar que una argumentación es más consistente que otra?. Como es natural, no existe ni se puede anquilosar un sistema para ello. Hay temas que permiten respuestas más flexibles que otros, más elásticas, otros que resultan efímeros; los hay de más o menos importancia en función de la medida en que nos pueda afectar, de mayor o menor profundidad o/y complejidad; otros que acumulan un gran porcentaje de razón incontestable (como la ciencia forense por ejemplo) pero, en cualquier caso, todos los temas son constitutivamente ilimitados, tanto en volumen como en la producción indefinida de una certeza nunca taxativa [el problema de la "falsabilidad" de Popper]. Es inviable alcanzar un 100% de veracidad sobre ningún tema, por la propia inmensidad e imperfectibilidad de "la realidad social".

Y, desde una cierta perspectiva, "todo" es social para nosotros mientras se pueda constatar una intervención humana en el tema del que se trate. Siempre existe un hueco vulnerable desde el que eludir los postulados científicos, o un posible nuevo argumento, fruto de nuevos descubrimientos o de nuevas propuestas teóricas. En las ciencias (más estrictas) que recurren a interpretaciones matemáticas de la realidad que estudian, es más frecuente el uso de metodologías específicas, cerradas, inelásticas, que transmiten una sensación de más seguridad, de mayor certidumbre y, de hecho, es posible que se logre transmitir tal seguridad y certeza, dependiendo del campo de conocimiento del que se trate, pero toda propuesta metodológica, aunque nos

parezca incontestable, aunque "funcione", no es más que el resultado de una determinada perspectiva de una determinada persona en un momento concreto y por unas circunstancias específicas, es un producto humano, por tanto, ni perfecta ni única en el cosmos. Porque hay, en toda metodología, componentes humanos cualitativos, variables flexibles, argumentos debatibles, que se evaden a cualquier confinamiento formal en términos de análisis. Esto es común a toda temática, incluso en las que se presentan como escrupulosamente las más férreas, pero se da especialmente en el caso de la música, la pintura, las emociones, y en lo místico. Tales ejemplos escapan aún, con más distancia, a los espúreos jueces que venden la "realidad total", los científicos más "puritanos".

Coincidencia prácticamente plena con lo dicho, salvo las observaciones previas; y un comentario adicional: al mencionar el "todo", ¿nos hemos de olvidar de la fallida cualificación previa o bien asumir que emerge una nueva otra totalidad?

No obstante, y en este punto intuyo un consenso más o menos unánime, hay que reconocer que las herramientas, cualesquiera que sean, que nos permitan avanzar, evolucionar, descubrir, consolidar o anular lo "inservible" en cualquier terreno, no son por completo estériles. Eso sí, aceptando el hecho de que nunca pueden llegar a sumar el 100% de "la realidad", de lo que puede pensar una mente humana, ya no en su conjunto, sino ni tan si quiera en su concepción de un tema. Pero no es lo mismo, en el intento de aproximarnos un tanto a "la realidad", disponer de métodos científicos (más inflexibles), no tan científicos (más flexibles), o incluso mecanismos vivenciales calificados como no científicos, que no poseer nada más que la incapacidad intelectual generalizada en la que toda crítica está ausente. No habríamos alcanzado el punto al que se ha llegado, más o menos discutible, sin tales herramientas.

Pues hemos llegado a la, pudiera ser, destrucción irreversible del planeta, a la mayor inequitativa distribución de la riqueza conocida, a un conocimiento mediatizado sistemáticamente por intereses económicos (el "sabio" altruista del XIX ya no existe: sin financiación no hay conocimiento)... y tantas otras cosas más; no sé si merece la pena haber llegado hasta aquí.

Extrapolando estas consideraciones ahora hacía la faceta de lo personal, se dice que cada persona tiene un universo vivencial/ mental/ corporal distinto, exclusivo por su ADN y posición en el mundo, y que por ese motivo, y por lo que ha absorbido a nivel social, particularmente y en compañía, la opinión y el valor de todas las personas en su aproximación a "lo real", trátase de una cuestión intelectual o material, merece el mismo reconocimiento. Aquí se defiende con énfasis: ¡En absoluto es así!. No todas las personas saben de una cosa con mediana eficacia. La idiocia colectiva, algo nada espontáneo, sino producido, de manera consciente e interesada, por agentes poderosos (no por ello sujetos sabios necesariamente), abunda, por desgracia. La diferencia entre personas no supone una igualdad de su valor intelectual. Al contrario. También puede ocurrir, y no es poco frecuente, que la diferencia no tenga por qué representar mayor o menor importancia, sino simplemente una diferencia o/y complementariedad, versátil, enriquecedora. Pero no hemos de caer en la trampa: es imposible que todos los argumentos, con todas sus diferenciaciones, de todas las personas, sean cuidadosamente respetables, asumibles, aceptables. dignos de consideración cuando se habla de un

determinado asunto; no caben todos. Unos se imponen a otros. No todos son defendibles y válidos. Un objeto de estudio no es una caja de basura. Lo que sucede es que somos tan diferentes cuando tratamos de valorar algo, digamos, candente, que al no poder medir la diferencia entre las diversas valoraciones, no cabe, en general, otra opción que presuponer una equiparación, presuponer una misma valía para toda opción cuando el objetivo perseguido es "lo real y justo". Se trata de una medida errónea, un sistema falaz, un parche frente a la impotencia admitir que tenemos la mayoría, o todos, idéntica capacidad para trascender lo inmediato para extraer "lo verdadero de algo". Al no poder resolver el problema sociológico de "la relatividad de la diferencia", se ha llegado a considerar a todas las personas igualmente valiosas. Y, aunque no haya, ni pueda haber, un aparato que nos muestre el peso relativo de cada uno de nosotros frente a la mayor "realidad crítica" de una cuestión, ¿no es más experto Nietzsche o Kierkegaard, sobre lo que significa "el vitalismo", sobre lo que significa una capacidad argumentativa basada en la fuerza emocional que nos puede posibilitar la vida, que quello que considere alguien que pasa por ella, por la vida, como un robot sin detenerse un momento a reflexionar?. Estos dos grandes nombres, según nuestro parecer, sin llegar a ser la perfección de las galaxias, cuando exploran "esa realidad", están más cerca que los robots irreflexivos. Tienen más valor, en esa área al menos, que la mayoría de los mortales. Y no necesariamente porque tengan titulaciones académicas (lo que ha podido influir positivamente), ni porque sean "famosos", ni porque formen parte de la historia del pensamiento, ni tampoco porque sean los precursores de la corriente vitalista; es más bien porque pensaban largo tiempo (y no precisamente con las lentes de la ortodoxia racionalista tradicional europea), se auto-realizaban, debatían, construían, dinamitaban con estilo y mucha razón demostrada conceptos anteriores consagrados y falaces, sentían lo más inverosímil de una experiencia, tenían ese toque mágico del pensamiento autocrítico, les preocupaban los males de la especie y su futuro, la amaban, su vida adquiría un sentido: participar llamativamente en la mejora real de "las cosas". Leámoslos, y luego establezcamos la comparación, preguntemos a la gente lo que para ella representa "la vitalidad de la vida". ¿Aún pensaríamos en serio que ambos son igual de importantes hablando de "la realidad vitalista de la humanidad" que aquél que no piensa nada más que en sobrevivir, cual zombie, siguiendo la corriente del rebaño, o al que no le importa su especie, su futuro a largo plazo, sino tan sólo un puñado de personas?.

Para un budista, un yanomamo, o un ninja, personajes con esquemas de conocimiento radicalmente diferentes a los nuestros, que tienen un "vitalismo" fundido con la naturaleza y sus energías, el "vitalismo" tiene otras consideraciones, no banales, de mayor valor para desenvolverse en la bella naturaleza, y poseen menos contaminación psíquico-física que la mayoría del resto de sujetos de otra condición, pero justo por su plena fusión con su medio y no con otro/s, flaquean en riqueza, cojean en diversidad de otras "realidades vitalistas" en relación a nuestra pareja de maestros, ya que éstos manejan miles de temáticas, incluida la de la naturaleza, y todas son "realidad".

¿Tiene algún sentido algún debate crítico si damos por sentado ya de entrada que cualquier opinión importa por igual?. ¡Nooooooooooooo!.

En fin; la problemática es fundacional. El problema es la "prevalencia" de los temas: qué es importante y qué no. En la cotidianidad de la

existencia puede resultar mucho más importante saber qué desarrollo (combinación de plato y piñón, es más útil para afrontar con la bicicleta un cierto tramo de recorrido que el sentido "transcendental" de nuestra existencia). La relatividad de lo social, y, por tanto, de la aproximación sociológica, radica en esa "inconmensurabilidad temática". Y el problema es que desde los orígenes de la disciplina se han privilegiado ciertas temáticas y se han eludido, negado o denostado ciertas otras. Que no toda opinión tenga el mismo peso es cierto si asumimos un segundo grado de relatividad: que dependiendo de aquello de lo que se trate, unas valdrán más que otras; que no siempre las mismas opiniones serán válidas para cualquier cosa. (me gustaría saber si los insignes vitalistas sabrían coserese un botón de la chaqueta, o sobrellevar con dignidad la limpieza del cuarto de baño...)

4. Sobre el suicidio

Intentemos salir, aunque sea por unos momentos, del pensamiento reduccionista occidental, así como de esa visión que apoya que, por encima de todo, lo más importante para las personas es que sobrevivan, sea cuál sea la situación de en la que se encuentren.

Resulta completamente indiferente que se nos califique como animales inteligentes, animales excepcionales, o animales portadores de cualquier otro calificativo; lo cierto, no obstante es que animales diferentes del resto de los animales somos, de eso no hay duda. Y somos diferentes justo porque damos la supervivencia por asegurada de antemano, a poco que dispongamos de recursos para la satisfacción de las necesidades primarias. Nuestro cerebro, y nuestras destrezas corporales, nos han permitido ese lujo con el paso de los años a través de un proceso activo de interacción con el medio [tal cual formula Marx]. Si a nuestro prodigioso cerebro lo limitásemos únicamente al arte de la supervivencia, después de todo el potencial desarrollado, las invenciones, el aprendizaje, los descubrimientos alcanzados... gracias a él, podridos de espíritu estaríamos, animales a secas seríamos. No lo somos, a pesar de que gran parte de la población mundial aún esté sumida en condiciones que no permiten un horizonte vital más allá de la pura supervivencia. Ese arte ya no es lo más importante, ya no sabemos sobrevivir sin más, ya no merecería la pena la vida si la dedicásemos exclusivamente a la tarea de sobrevivir. Vivir felices, en toda su extensión (considerando cada cual en qué consiste la felicidad para su vida), es lo único digno ya para una gran parte de nuestra especie, para quienes disponen de un espíritu fuerte. Sin supervivencia no hay vivencia, cierto es, pero tras saber que podemos llevar a cabo infinidad de actividades más allá de aquellas de carácter primario (actividades "extra") que nos aportan placer, bienestar, conocimiento, que nos dan acceso a nuevas realidades, ¿cómo podríamos conformarnos ya, nosotros, almas poderosas, con dedicarnos de manera permanente únicamente al mantenimiento de nuestras constantes vitales?.

Un nuevo regreso, como planteamiento de partida, al prefectibilismo ilustrado, la idea de progreso y una confiada creencia en las potencias de La Razón [pues es el cerebro —y no el resto de las mencionadas capacidades corporales de las que disponemos (mención meramente retórica)— el que posibilita ese avance indefinido que nos va alejando

cada vez más de nuestra primaria animalidad. Además, renegando discursivamente del occidocentrismo (de manera bastante errónea, por otra parte), se lo abraza de manera entusiasta, pues no hay producto occidocéntrico más excelso que ése de la potencia racional que puede llegar a poner en suspenso nuestra condición animal y conducirnos indefinidamente camino de la perfección (estado en el cual ya no tendríamos cuerpo). Nada de esto vale, en absoluto, para más de las tres cuartas partes de la población humana del planeta.

Tal dedicación no sería aliciente suficiente para alcanzar la autorrealización y la felicidad personal. No existe, a estas alturas de la historia de la humanidad, felicidad que simplemente se base en seguir respirando correctamente.

Mentira: mucha gente sólo dispone de esa felicidad (16.000 personas cuya vida se ha quedado en el Mediterráneo en 2016 buscando únicamente poder respirar de manera correcta, simplemente sobrevivir).

Existen, en todo caso, niveles diversos de felicidad (cada persona se situará en uno u otro de ellos), ¿pero qué ocurre cuando alguien es exigente consigo mismo, considera que ha alcanzado su máximo nivel real posible y, por las circunstancias que sea, pierde ese máximo nivel y ya no va a poder alcanzarlo de nuevo?, ¿por qué va ser indigno y un acto de cobardía no querer aceptar que se está en un nivel más bajo del aquél un día logrado?, ¿por qué no va a ser valiente y dignísimo tomar la decisión de abandonar la partida de su vida en el mundo, que es lo único que posee?, ¿es de cobardes entregar todo lo que uno tiene?. Pongamos un ejemplo para verlo de manera más nítida.

Supongamos que a un genio, a alguien considerado como un personaje dotado de cualidades excepcionales que le hacen figurar como parte de los acontecimientos relevantes de la historia, a quien lo que más le satisface en su vida es desarrollar su genialidad, le arrebatan la posibilidad de esa satisfacción que ya nunca podrá recuperar. Sólo se siente pleno, en su más alto grado de felicidad, en ese nivel de vida en el que estuvo con anterioridad, y sabe que le resultará imposible volver a alcanzar ese nivel. No es, precisamente, alguien que desee adaptarse a nuevas circunstancias, nuevos ejercicios y quehaceres. No se conforma porque el solo hecho de saber que nunca va poder recuperar, habiéndolo alcanzado un día, su estadio superior hace que no le resulte inaceptable cualquier otro nivel. Sin embargo, puesto que sabe que "la perfección", como término absoluto [¿de verdad?], no existe, se da una oportunidad antes de suicidarse, y acepta conocer más cosas, explorar otras posibilidades de vida. Durante varios años intenta ser optimista al respecto. Lógicamente no va a conocer todas esas variantes porque son infinitas, pero llega al conocimiento de un número suficiente, o de la inmensa mayoría de las que él podría alcanzar, y no le convence ninguna ni puede esperar muchos años más para desarrollar su talento, que no encuentra satisfecho, que siente puesto plenamente en práctica, lo que supone, para él, la muerte espiritual. En su interior, sabe cuál ha sido la plenitud de su existencia, cuál ha sido la mejor versión de la misma, lo cual convierte en pequeñas cuantas otras opciones pueda encontrar, que nunca alcanzarán el sabor de aquella que para él fue la mejor. ¿Por qué va a querer seguir viviendo?, ¿por qué se va a obligar a conformarse con algo que para él es inferior, siendo el más exigente?, ¿no será para el genio el mensaje de "siempre hay algo mejor" una frase religiosa invocada únicamente por el miedo a dejar de estar?, ¿por qué nos obstinamos en desprestigiar el deseo y la decisión desaparecer y no lo vemos, en cambio,

como un "no quiero jugar más, gracias, ya no me divierto ni le encuentro sentido, sólo sé que quiero eso que he tenido y ya no puedo volver a tener"?, ¿qué psicólogo va a poder luchar contra este pensamiento?: os lanzamos el reto, psicólogos; nuestra apuesta es, ninguno.

Dignificación del "suicidio elitista", apto sólo para genios (para el resto, ya sabemos, simplemente sobrevivir sumidos en una pobreza de espíritu en la que la felicidad se resume en aspiraciones prescindibles, menores, despreciables desde la excelsa condición de la genialidad). ¿Y quién le ha otorgado la condición del genio al genio? Porque la misma no puede ser autoatribuida (si así fuera, y nadie más que él mismo lo considerase genio, estaríamos frente a un loco: cuidado con los esencialismos sustancialistas), ¿por qué y para qué esa genialidad? (¿quién es capaz de resolver el cubo de Rubik con los ojos cerrados en 30 segundos es un genio?). Vemos que la genialidad se traduce, de hecho, en una vida dedicada a la búsqueda de la verdad (nótense los corchetes en el párrafo precedente); luego no es vida propiamente, es un ejercicio de "intelectualidad" (seguramente inconformista, en el mejor de los casos). Yo optaría por una plena "democratización" del suicidio, sin apelar a plenitudes ni a niveles excelsos de autorrealización perdidos: basta con "querer dejar el juego", simplemente, por las razones que sean; no importan; es una decisión propiamente vital que no requiere de justificación alguna.

¿Mantenerse por la gente querida que te rodea, tal vez?. Eso dirían algunos ineptos por lástima que sólo ellos sienten y no nuestro genio, porque ellos no tienen el valor propio del genio para dar ese paso de entregarlo todo. ¿Y no es necesario ser feliz primero uno/a mismo/a para hacer feliz a los/as demás?, ¿por qué forzar a alguien a torturarse hasta la muerte si no quiere continuar?, ¿por qué debe ser más feliz a la fuerza, por el hecho de contar con un puñado de gente a su lado que le profesa afecto, en lugar de volcar sus energías en aquello para lo que siente que ha nacido (y que le ha sido arrebatado)?, ¿no es más bien de espíritus débiles contentarse con disponer tan sólo de lo que se ha comprobado que sólo es un callejón sin salida, cuando de lo que se trata, al reclamarle esa renuncia, es que se hace por temor a lo desconocido o/y a la nada [el todo; la nada... en fin...]?, ¿no ha perdido ya el genio anteriormente lo más preciado que tenía?, ¿no tiene su decisión más honor, fuerza, coraje, nobleza, que los que pueden tener todos los pobres de espíritu, cuya decisión consiste en amoldarse a lo que se les va presentando, a lo que se les va permitiendo ser?; no se nos haga reír, por favor.

Algunos se aferrarán a que, dado que las oportunidades para emprender nuevos proyectos, posiblemente ilusionantes, son, [¿mentalmente?] inagotables, es bastante loable ya que este genio, pese a su desgracia, sea capaz de esperar lo suficiente como para que, tal vez, llegue a alcanzar algo que le suministre una satisfacción análoga a aquella que sintió cuando estuvo en la cima de su estadio de felicidad máxima. Pero estamos hablando de que el genio sabe muy bien, desde el primer momento además, que es imposible lograr de nuevo aquella situación, en términos idénticos a los entonces experimentados, con las mismas características que poseía, y no está dispuesto a desprenderse de ninguno de esos elementos mágicos.

Es necesario demandarse a uno/a mismo el máximo grado posible de exigencia para llegar a esta radical conclusión que es la de eliminarse, es

verdad, y, a penas hay en el planeta [¿animales inteligentes?] que sean tan duros consigo mismos, quizá nada más que los genios, que de hecho existen, y son la antítesis de la cobardía. Tal vez únicamente en este escenario merece la pena suicidarse, junto con aquel otro que conlleva dar la vida por alguien a quien se aprecia más; en ambos casos el acto está justificado.

Ya se anticipaba: el suicidio como acto elitista, sólo al alcance de "genios". Y, pese a ello y en contra de lo antedicho (la desconsideración de los afectos cercanos como relevantes en lo que al suicidio se refiere), se puede justificar el suicidio cuando el acto obedece al afecto por alguien que "se aprecia más" (¿más que a uno/a mismo/a?). Aquí habría que proceder a revisar todo lo antedicho en relación con "el amor"

No es el suicidio, en realidad, la cuestión tratada, sino la excusa para la loa a la genialidad, aludiendo a su atributo más elevado (se suicidó, ergo era un genio)...

5. Sobre la felicidad y la libertad

No es la pretensión dictaminar qué se ha de hacer para ser "feliz" y "libre". Para cada persona significará realizar diferentes formas de vida. Ninguno de ambos términos puede ser definido, ni lo que pudieran significar ser llevado a la práctica en todas sus posibles opciones al ser éstas infinitas. De igual forma ocurre con la palabra "realidad", que indica algo cuyo conocimiento perfecto no es posible, ni tampoco se le puede otorgar una definición única sin fisuras. Esto sucede, en realidad, con todas las palabras, por otra parte. Sin embargo, se puede intentar acotar de manera flexible lo más significativo de estos dos términos, piedras angulares de la preocupación humana desde que existimos, y que tantos personajes ilustres (y algunos de ellos, tal vez, no tan honorables) han intentado describir taxativamente hasta el punto de llegar al convencimiento, ellos mismos, de que habían establecido esa "verdad inapelable e inmóvil" contenida en la felicidad y la libertad. ¡Lo que hacían era decretar su defunción!.

La felicidad y la libertad nos remiten al conjunto de actividades posibles y voluntariamente queridas que alguien puede llevar a cabo, tanto con su cuerpo como con su mente, y la importancia que cada cual otorga a cada ejercicio.

Muchos se sorprenderán al comprobar que se establece la distinción entre el cuerpo y la mente. Sabemos que la mente es cuerpo, partiendo del hecho de que es el cerebro, un órgano biológico, nuestra "sede" mental; lo que sucede es que el cerebro es la parte del cuerpo más mágica y compleja, la que más nos diferencia del resto de especies conocidas, y la que nos dota de un abanico inabarcable de capacidades. Podemos considerarlo el último gran baluarte [¿social?] por siempre inexpugnable, o no asaltable al 100% para los aparatos científicos, que no pueden ni podrán nunca replicar ni extraer de nuestro cerebro todos nuestros pensamientos, desde los más relevantes y expresos hasta los menos manifiestos. Tampoco podríamos, nosotros mismos, evocarlos mediante el recuerdo por completo, sin dejar de lado ninguno, por mucho que, de hecho, todos ellos residan en nuestra memoria. Ocurrirá con algunos de ellos que llegaremos a constatar su existencia únicamente cuando, frente a situaciones que se nos presenten por sorpresa, inesperadas, nuestro recuerdo los reclame como herramienta adecuada para afrontarlas, al igual que lo

fueron en situaciones precedentes. Sin el resto del cuerpo tampoco seríamos nada, sin embargo, al asumir que la ciencia puede reemplazar esas otras partes del cuerpo, sin con ello alterar nuestra condición, pudiendo seguir siendo nosotros mismos sin ningún cambio para nuestra sensibilidad, ADN, y potencialidad, esas otras partes son mucho menos importantes que el cerebro.

Quizá pudiéramos llegar a disponer de otro cuerpo nuevo, que reemplazara al original pero idéntico a él, pero con él no conservaríamos la misma mente, con idéntica experiencia que la que teníamos, si nuestro cerebro fuera también sustituido.

El cuerpo no cerebral, en general, estará sujeto a mayores limitaciones que la mente, puesto que ésta ordena lo que sucede en el resto del cuerpo, en mayor o menor medida, incluyendo las acciones más automatizadas, los actos de más exigencia muscular, los instintivos y los sensoriales. La mente, la parte más prodigiosa del cuerpo, es la mayor responsable a la hora de obtener un aumento en porcentaje de de nuestra felicidad y nuestra libertad. En ella reside todo el conocimiento, toda la experiencia, cuanto hacemos, consciente y no conscientemente, cualquier gesto, ya nos decantemos por lo dionisiaco o por una vida más seria. Gracias al conocimiento, que fundamentalmente se registra en la mente, y se pone a prueba, se lleva a cabo, con otras partes del cuerpo, se abren (también se pueden cerrar, mantener o modificar) nuevas ventanas, novedosas parcelas del saber, otras "realidades", que aumentan el interminable listado de acciones que pueden ser ejecutadas para lograr con mayor eficacia la felicidad y la libertad. Y, cuantos más recursos de talento acumulemos, tanto mayor será el número de elementos a nuestra disposición para obtener la satisfacción deseada. Ahora bien, no por disponer de más opciones y recursos van a verse acrecidas nuestra libertad y nuestra felicidad si ninguna novedad nos convence; puede que algún día nos topemos con alguna que sí lo haga y, para eso, es el conocimiento lo que nos permite rebajar nuestro hándicap. Este argumento dinamita aquel otro que dice que un tonto es "feliz" porque, el pobre, no se entera de nada. ¡Ni de que está disfrutando!. Y a quien cree que dedicándose a una sola cosa puede ser el más feliz del mundo, digámosle que sí, que es muy posible, pero que, en cualquier caso, trate de ampliar su conocimiento, no vaya a ser que, desprevenido, se encuentre frente a algo distinto, que pudiera llegar a apreciar igual o más que lo que ya tiene, y le pase desapercibido.

«La felicidad y la libertad nos remiten al conjunto de actividades posibles y voluntariamente queridas que alguien puede llevar a cabo (...) y la importancia que cada cual otorga a cada ejercicio». ¿Ya está? ¿con esto queda precisado lo "más significativo" de ambos términos? Veamos: puedo y quiero hurgarme la nariz con el dedo índice de mi mano derecha, algo que es relativamente importante para mí porque me permitirá librarme de una porción de mucosa seca que me pica: y me hurgo. Ya está: he alcanzado la felicidad y la libertad (nada que ver con cuestiones de carácter ético y político, puro guiño existencialista vacuo de contenido alguno). Normal que a partir de tan escuálido punto de partida volvamos a la misma cantinela: el conocimiento (cierto tipo de conocimiento) como único valor reseñable de nuestra existencia; aquí, enunciado como ingrediente fundamental de nuestra "mente", a su vez, producto más destacado de nuestro "cerebro", por su parte, singularidad corporal de la que estamos dotados. Las diversas circunvoluciones

discursivas no suprimen la dicotomía cuerpo/ mente, ni el privilegio otorgado a la segunda sobre el primero. Y así, ¡qué más da lo que sean la felicidad y la libertad: nuestro conocimiento nos proveerá, mágicamente —se dice—, de ellas! Asunto zanjado, pues, y a otra cosa (o quizá a la misma con nueva indumentaria).

6. Sobre la realidad-todo y la realidad-diamante

La "realidad" o "realidad-todo" es eso que se sabe [o presupone] que existe, pero que se puede conocer únicamente en parte, a la que no se puede llegar por completo, alcanzando todos sus rincones concretos y/o abstractos. Mediante el concepto de "paradigma", una curiosidad amplia, la dedicación adecuada, la práctica sobre el terreno, el amor hacía lo desconocido o no tan conocido, la preocupación por lo que representamos y significamos en el espacio-tiempo, y las técnicas disponibles para adquirir sabiduría, se puede llegar a vislumbrarla parcialmente.

La "realidad-todo" es la suma total y perfecta de elementos, características, ingredientes, significados, utilidades, de "el todo de algo" y "el todo de todo", es decir, "lo es todo". El "todo" es aquí un concepto indescriptible incluso en una forma elástica y difusa. Se puede decir que "realidad" es igual a "todo". Y no se indica con ello que el "todo" es la sustancia y/o el principio de todas las cosas, el "argé" o "apeiron" que proponían Anaxímenes, Anaximandro o Tales de Mileto, sin con ello llegar a nada medianamente consistente. El "todo" es "todo", lo que existe y podría existir, sea materia, sean conceptos, emociones; sea lo que sea: el lenguaje no es arma suficiente para transmitir su contenido....

Está por encima de nuestras potencialidades. Existe, pero no para nuestra especie. No somos dioses. ¡La ciencia menos!. No podemos disponer de un control "total" ni de una sabiduría "perfecta". Y si fuésemos dioses de aspecto humano, tampoco alcanzaríamos la totalidad, porque pertenecer a una determinada especie, y no a otra cualquiera, ya es una desventaja insalvable por limitación biológica que ello supone para la observación de la "realidad-todo" y todos sus recovecos.

Como no podemos alcanzar la cima de la realidad-todo, hemos diseñado la realidad máxima al alcance de un ser humano, distinta de la realidad-todo, más recortada y pueril; ésta es la "realidad-diamante". Algunos, que sí se creen dioses, piensan, y se auto convencen, porque no soportan no manejarlo "todo", que la realidad-diamante es la realidad-todo. ¡Nada más lejos de la "realidad"! (risas).

Parte de la realidad-diamante son las explicaciones que recibimos de lo que sea, junto con nuestras vivencias, experimentaciones, investigaciones y conclusiones, cuando somos niños, la "realidad de la niñez". Esto nos condiciona a la hora de ver el mundo en otras fases de la vida más tardías. Desde la niñez, creamos nuevas porciones de realidad continuamente, nuevos apartados, nuevas parcelas de realidad; algunas las mantenemos, otras las suprimimos, modificamos, etcétera. Sería la otra parte de la realidad-diamante, la "realidad adulta".

¿Cómo construimos la realidad-diamante?. Consideremos la imagen típica del

diamante ya pulido, chato en la parte superior, terminado en pico por abajo, con caras lisas. Para nosotros, la forma de intentar posicionarnos ante la realidad de algo consistiría en situar nuestro diamante encima.

Cada cara del diamante sería una perspectiva o paradigma desde el que obtenemos datos (que van cambiando, o no). Dependiendo de la cara a través de la que observemos, conseguimos unas averiguaciones, distintas a las que llegaríamos desde otra cara. Algunas caras (en dimensiones y forma) se parecen, es decir, ofrecen algunos o muchos datos similares. Cada persona prefiere definir "su realidad" desde una cara, varias o todas. La realidad de lo observado variará según la orientación de nuestra mirada hacia la cara o el diamante entero: desde arriba, desde abajo, de perfil, interponiendo una lente u otra, más lejos o más cerca, o una combinación de estas y otras posibilidades. Y al final, el diamante constituye todas las opiniones pensadas, analizadas, comprobadas de ese algo investigado. Pero la realidad-todo es más que la suma de las caras, la realidad-todo es más que la realidad-diamante, la realidad-todo no se deja asir ni simplificar. La realidad-todo escapa a nuestras maravillosas e infinitas visiones. No obstante, no es indiferente disponer de nuestro diamante y tratar de aplicárselo. Más vale esa acción que no observar en absoluto. Sin poder llegar a ella, dicha acción nos aproxima un tanto a la realidad-todo.

La propuesta de una realidad-diamante puede parecer propia de una persona europea, con una tradición cultural marcadamente racionalista, por lo que no es aplicable para un sujeto que reside en el corazón de la selva, el mar, la montaña o el desierto, y que ha adquirido unas cualidades extrasensoriales, y otros conocimientos muy superiores a los de la persona europea en temas que le son ajenos o extraños. Consideremos ese personaje [¿tribal?] [¿lo no europeo es, directamente, tribal?]: el diamante no remite a una disección cuantitativa cientifista de "la realidad humana de los llamados países desarrollados", pues los datos obtenibles a partir de sus caras pueden ser de todo tipo, desde una estadística, pasando por un diálogo, hasta el instinto auditivo de un miembro de una tribu del desierto del Kalahari.

Retomamos, si es que se había abandonado, la cuestión de la relatividad del conocimiento. La premisa se acepta: la realidad, el todo, es inalcanzable. La metáfora "relativista", el diamante, resulta ilustrativa; y, a la par, denota ella misma la limitación de nuestras capacidades cognitivas: reduce las operaciones de conocimiento y las capacidades, derivadas de las mismas, de representación de la realidad a una geometría euclídea tridimensional (está ausente, además, el tiempo como variable; algo de suma importancia). Se abre, pues, la posibilidad de una discusión metodológica: sea un diamante, un hectohexecontadiedro, un agujero de gusano, una base ortogonal de un espacio de Hilbert o la mera "serendipity" fugaz propiciada por un fragmento de una canción escuchado al azar, seamos, ante todo, conscientes de que son/ serían dispositivos particulares de "observación", cada cual con sus limitaciones. Partir de la limitación suele ser más fructífero que ignorarla.

7. Sobre los valores nobles

Los valores nobles son aquellos valores que no entienden de dinero ni de grandes aspiraciones de poder, entendiendo como poder el control normativo-imperativo sobre los sujetos y sus voluntades. Son los valores que nos dotan de humanidad (a la ausencia de humanidad se hace referencia en el primer epígrafe). No participamos, precisamente, de la devoción por las explicaciones dicotómicas pero, como la enumeración de todos los valores, aspectos, actitudes que que cabría considerar nobles sería una tarea por completo sin fin, conformémonos con tener claro, *grosso modo*, aquellos valores que no son, de ninguna manera, nobles. Los valores nobles deben definir principalmente la identidad de una persona (sin considerar el ADN). Poseen valores nobles, tanto a fecha actual como a lo largo de la historia, pocas personas. Son distintos a los valores considerados "nobles" por el estrato social llamado "nobleza". Son ligeramente modificables, ya que el paso del tiempo, los constantes nuevos acontecimientos, y el aumento de la experiencia de vida, hace que tengamos que perfilarlos-actualizarlos, pero suelen tener un sustrato, un denominador común, algún elemento fijo ya desde el inicio de su forja, salvo que una persona que no los tenía, los haya adquirido a una cierta edad. Son básicamente los que quedan recogidos en *La voluntad de poder* nietzscheana, aquella obra que no tuvo tiempo de terminar y fue retomada con menos arte por su hermana.

Es aquello por lo que no se duda en poner en riesgo la vida.

Es esa pasta especial de la que disponen cada vez menos personas, eso que no es volátil, que no es negociable con nadie ni bajo ninguna condición, que tiene una trascendencia que va más allá del egoísmo y de la tan desagradable competitividad que nos inculcan desde pequeños. Quien los posee tiene todo el derecho de sentirse, de alguna forma, más valeroso que el que no. Es en esos valores, y en las personas que los ponen en práctica, en donde está depositada la esperanza de la especie, de la naturaleza, de la esencia misma de la vida, del vitalismo, de la energía positiva que sonrío a carcajadas cuando recibe una amenaza.

Los cortavientos son aquellos que no se dejan arrastrar sin que se les pida primero permiso, quienes, cual marineros en las peores condiciones, luchan y salen airoso frente a todo lo superficial y de rápida caducidad. Hombres y mujeres con espíritu libre, a quienes no les tiembla el pulso en los segundos determinantes, que saben que disponen de la ventaja cuando contemplan a la gente que no posee ningún ápice de humanidad ni siente preocupación alguna por todo lo fresco y natural que merecen las futuras generaciones. Niños/as curtidos/as y soñadores/as son. Con odio, sin miedo, y a veces solitarios/as le declaran la guerra a las personas de carácter fácilmente desechable, o de costumbres tan anquilosadas que si viviesen eternamente seguirían practicando una vida zombi o robótica, o, lo que es lo mismo, harían las mismas cosas todos los días a las mismas horas. A esos que tienen las neuronas tan inútiles, castradas y amaestradas ya, que su *discapacidad sináptica* no tiene parangón. A esos que no tienen ninguna herramienta crítica frente a lo que les rodea, sustituibles por una máquina si no fuese porque tienen allegados a su alrededor. A esos pobres de espíritu. A todos esos.

Bien; la nobleza moral remite a Nietzsche, a la voluntad de poder (también, supongo, al superhombre); nada que replicar. Sólo, tan sólo, un breve apunte: resulta sumamente instructiva y, hasta cierto punto, liberadora, la perspectiva de Nietzsche: conviene tenerla en cuenta, sin

duda, pero tal vez convenga, también, saber que Nietzsche fue Nietzsche y que uno/a no es Nietzsche y, por tanto, no esté a nuestro alcance tomarlo como modelo que llevar a la práctica, al menos en integridad, en nuestra propia vida (sería un tanto pretencioso).